

paraco, á las órdenes de Eguiluz, ascendido ya á general y nombrado mayor general de la división.

El general Régules se presentó primero frente á la ciudad por la garita de Naranjos, que está al Oriente, y desde allí recorrimos la línea, por la de Madrigal, en medio del fuego de la artillería. Me acuerdo que uno de los ayudantes, al ver disparar el cañón en una de las trincheras, se inclinó rápidamente del lado opuesto de su caballo hasta ocultar su cuerpo tras del animal. Régules, que lo observó, volvió el rostro y le dijo:

—*Fulano*, ¿qué se le cayó el pañuelo? yo le daré otro.

El aludido se irguió como movido por un resorte, al mismo tiempo que la bala del cañón se enterraba en el suelo, no lejos de la comitiva.

De la garita de Madrigal, que está al Norte de la ciudad, fuimos rumbo á la de Callejones, que queda al Poniente: allí nos sorprendió ver una fuerza de cerca de mil quinientos hombres que, por su traje y aparato, comprendimos que pertenecía á los republicanos. En efecto, era una brigada de Sinaloa á las órdenes del general Manuel Márquez de León, á quien el general Corona enviaba para que obrase en combinación con Régules, quien de antemano sabía la llegada de aquella tropa. Los dos jefes conferenciaron largo rato, y en seguida Márquez de León, con parte de los suyos, fué á situarse á inmediaciones de Jacona, viento Sur de Zamora. Nosotros regresamos á incorporarnos á la división, la que entretanto había tomado posiciones: á la brigada de Villada se encomendó el ataque en columna sobre la trinchera que cerraba la calzada de Naranjos; Méndez Olivares fué encargado con su brigada de permanecer amagando y simulando ataques por el rumbo de Madrigal; Ronda con las caballerías constituía la reserva.

El coronel Villada reconoció su terreno recorriéndolo al anochecer, no sin que desde la trinchera enemiga se le hicieran algunos disparos. Cerca, en un lugar á propósito, improvisó por su parte una trinchera como punto de apoyo.

Con la inquietud é incertidumbre que en todos los ánimos reinan la víspera de una batalla contra un enemigo inteligen-

te, instruído y valeroso, y posesionado de fuertes reductos, se pasó aquella noche del 3 al 4 de Febrero.

Al amanecer se rompieron los fuegos por las garitas de Callejones y Naranjos. Tronaba incesantemente el cañón, y como un solo y prolongado disparo se escuchaba el fuego de la fusilería.

En el asalto, Villada llegó hasta el foso que acotaba la trinchera enemiga, de donde fué enérgicamente rechazado á metrallazos. En este acto una fuerza imperialista se arrojó sobre él, pero el jefe republicano, llegando á su débil reducto, la hizo retroceder al fuego de un cañón allí situado y á los tiros de sus soldados.

El primer asalto por el rumbo de Naranjos había fracasado. No así el que emprendieron por Callejones los batallones de Sinaloa, mandados por los Coroneles Jorge Granados, Leonides Torres, Clodomiro Cota y Rosalío Banda, quienes en un combate sangriento, lograron apoderarse de un edificio fortificado, conocido con el nombre de "Casas de alto."

En el segundo asalto, el coronel Granados, jefe de la columna de Sinaloa, se apoderó de uno de los puntos importantes de la ciudad, el templo llamado Beaterio ó de Jesús Nazareno, en el que permaneció algunas horas, siendo recobrado en seguida por la reserva de la guarnición al mando de Carriedo. Allí, republicanos é imperialistas lucharon cuerpo á cuerpo, á bayoneta calada, y durante la lucha se batieron personalmente Clodomiro Cota y Carriedo, quedando muerto este último y herido el primero. El edificio y las calles contiguas estaban regados de cadáveres y de heridos.

Por su parte Villada, á la misma hora, las nueve de la mañana, emprendía de nuevo apoderarse de la trinchera. El ataque fué rudo; el cañón enemigo abría surcos en la columna; el capitán Magaña, que á la cabeza de ella estaba al lado de Villada, cayó dividido por la bala de una pieza de artillería; la metralla rociaba sus proyectiles sobre nuestros soldados, que se batían valientemente en medio de tres fuegos que procedían del baluarte y de las casas laterales. Los hombres caían como heridos por el rayo, y en medio del olor de la pólvora, se percibía el nauseabundo de la sangre que encharcaba el terreno.

Referiré dos episodios de este asalto: á derecha é izquierda de la cabeza de la columna había colocado Villada en tiradores á los soldados de Paracho, mandados por el capitán Vicente Bravo, quienes hacían tiros certeros sobre los defensores de la trinchera. De repente una granada penetró en el encuentro del caballo que montaba uno de aquellos chinacos. El proyectil estalló en el vientre del animal, y el jinete cayó envuelto en los intestinos, la sangre, el estiércol de la cabalgadura y el lodo del suelo. Se levantó, y al verlo, le preguntó Villada:

—¿Qué te sucedió, hombre?

—¡Un..... me hizo la granada! Mi coronel, déme otro caballito.

Casi en el mismo momento nuestro pagador Antonio Félix perdía su caballo destrozado por la metralla. Cayeron juntos el corcel y el jinete; pero éste se levantó en el acto, y con mucha tranquilidad desensilló y desembridó, cargándose en la espalda los arneses para que no se apoderasen de ellos los traidores.

Estos rasgos de valor eran comunes entre los chinacos.

Después de los dos asaltos infructuosos, los sitiadores volvieron á sus primitivas posiciones, frente á la plaza, á quinientos metros de distancia. Sería la una de la tarde.

Poco después llegaba al Cuartel General un ayudante de Márquez de León, manifestando que, supuesto que el ataque había fracasado, la retirada era indispensable y la brigada de Sinaloa iba á emprenderla.

En el acto, el general Régules, con su Estado Mayor, se dirigió á hablar con el general Márquez, á quien alcanzó en el pequeño pueblo de Ario el Chico, inmediato á Zamora, y le ordenó que conservase sus posiciones, porque al día siguiente había de repetirse el ataque: al efecto le comunicó reservadamente algunas instrucciones.

No fué necesario derramar una gota de sangre más. En la madrugada del día 5 evacuó furtivamente la plaza el coronel Berna, fugándose por la garita de Jacona, que estaba descubierta, y que debía no estarlo porque era la línea encomendada á Márquez. Berna, á su paso por Tangancicuaro, Chil-

chota y Purépero, se llevaba á los vecinos, hasta que sus familias enviaban las gruesas sumas de dinero que exigía por su rescate.

Como, según acabo de decir, la fuga de la guarnición se hizo por el rumbo de Jacona, el primero que tuvo noticia de ella fué el general Márquez de León, quien se apresuró á ocupar la ciudad á las seis de la mañana. Pocos momentos habían transcurrido cuando se presentó Régules á la cabeza de su división, tomando desde luego el mando de la plaza. Una de sus primeras disposiciones fué la de que se recogiesen é inhumasen los cadáveres que, insepultos aún, habían entrado ya en descomposición, lo que originó en la ciudad una peste que duró algunos días é hizo muchas víctimas.

Las pérdidas en muertos de una y otra parte de los beligerantes ascendieron á trescientos; los heridos de los republicanos pasaban de cuatrocientos.

Al retirarse Berna de Zamora encargó á los vecinos la defensa de la plaza, y dejó en poder de éstos toda su artillería que no pudo llevarse. Los vecinos no pensaron en resistir; antes bien, de común acuerdo se desbandaron, dejando en poder de los republicanos más de seiscientos fusiles y las nueve piezas de artillería.

La ocupación de Zamora se efectuó el 5 de Febrero, aniversario de la Constitución de 1857, el mismo día en que los últimos franceses, con Bazaine á la cabeza, salían de México para ir á reembarcarse en Veracruz.

Con el ataque á Zamora acabó en Michoacán la guerra de intervención.

Antes de abandonar nosotros aquella ciudad, el general Régules nombró autoridades. El coronel José María Hernández (Don Josecito) fué encargado de la prefectura; D. Carlos Gómez de la comandancia militar; y del Juzgado de 1ª instancia el Lic. Gumesindo Alejos, originario de Zitácuaro.

El general Márquez de León permaneció muchos días en Zamora en espera del general Corona, quien después de ocupar la plaza de Colima salía de esta ciudad el día 8, rumbo á

Michoacán. Nosotros emprendimos la marcha sobre Morelia el día 14. En la hacienda de la Tuna, á cuatro leguas de distancia de Zamora, recibió el general un correo extraordinario de Garnica con la noticia de que en la tarde del día 13 había ocupado la ciudad de Morelia, en virtud de haberla evacuado la fuerza imperialista de D. Ramón Méndez. Régules hizo un gesto de despecho, que era la expresión de los sentimientos que dominaban en los jefes de la división. Todos alentaban el deseo de que la ciudad hubiese sido tomada á viva fuerza, como habría sucedido, unidas las divisiones de Régules y Corona, que ya marchaban escalonadas con tal objeto.

Hé aquí algunos detalles de la salida de Méndez de Morelia:

Los últimos acontecimientos tenían á este jefe de un humor insoportable. Aunque hacía alarde de su alegría porque se iban los franceses, "dejando así sin estorbos la acción del valiente ejército imperial," no podía disimular su convicción de que la falta de aquel auxilio tan poderoso, moral y materialmente hablando, era la caída segura de Maximiliano y el aniquilamiento del ejército reaccionario.

Nervioso, impaciente, colérico, deseaba ver llegar sobre Morelia á las fuerzas unidas de Corona y de Régules; pero el día 12 recibió la orden de replegarse á Querétaro, y con ella la noticia de la derrota de Miramón en San Jacinto.

Entonces estalló su ira; cada una de sus palabras iba acompañada de una horrorosa imprecación. Desde luego impuso un préstamo forzoso, exorbitante, entre los hacendados y hombres de comercio de Morelia; y como se resistiesen á pagarlo, los mandó poner presos con orden de que permanecieran en pie, sin hacer movimiento alguno, hasta satisfacer las cuotas respectivas. En vano eran las lágrimas de las familias de las víctimas, en vano el ofrecer pagarés á cortos plazos; aquellos infelices no quedaron libres sino hasta el día siguiente, cuando cubrieron el préstamo, haciendo sacrificios onerosísimos para conseguir el dinero.

En el mismo día 13, por la mañana, las tropas del imperio abandonaron la ciudad. Las calles estaban desiertas. El ge-

neral Méndez y su escolta fueron los últimos en salir, á los gritos de ¡Viva el Emperador! que ningún paisano contestó. Uno solo, el único que andaba en la calle, se atrevió á prorrumpir un viva á la libertad. "Habría sido mejor para él callarse, dice Alberto Hans, ó por lo menos aguardar para ultrajarnos (?), á que la escolta se hubiese alejado enteramente, porque habiéndole oído un soldado de caballería, volvió á galope y le partió la cabeza de un sablazo." ¡Acción digna de un valiente para castigar el horrible ultraje de un villano que se atrevía á amar la libertad!

El mismo escritor dice: "después de la salida de las tropas de Méndez, el comercio se armó, pero inútilmente. Digámoslo en honor de la población: no se cometió ningún exceso."

Hemos dicho que en la tarde de aquel mismo día, Garnica ocupó la ciudad. Se recordará que era el Prefecto y Comandante Militar de la línea de Morelia; tenía entonces por Secretario al Lic. José María Rodríguez Gil, patriota modesto y de finas maneras; y como ambos eran conocidos en Morelia por su honradez y moderación, los habitantes, ya en el pleno goce de sus garantías, los recibieron con entusiasmo y una alegría sin límites.

En cuanto á nosotros, apresuramos nuestra marcha y llegamos en la tarde del 16 al pueblo de Cuto de la Esperanza, avanzando parte de la fuerza hasta la hacienda de Itzicuaru, distante una legua de la capital del Estado. Al día siguiente muy temprano se reunió toda la división en esta finca, y se ordenó que se aseara la tropa y se dispusiera para verificar la entrada solemne en Morelia á las doce del día. El camino estaba lleno de vecinos de la ciudad, que en grupos numerosos llegaban á saludar al general Régules y á los jefes y oficiales de la división. Algunos habían llevado músicas de cuerda, y muchísimos atronaban el aire con el estallido de los cohetes.

Por fin á las once de la mañana del día 17 de Febrero se formó la columna de honor, y antes de una hora entrábamos en Morelia en medio del entusiasmo general de la población, de los repiques á vuelo de todas las campanas, del ambiente estremecido con el tronar de millares y millares de cohetes.

En cada esquina, al llegar la división, se oían vivas al Ejército del Centro, al general Régules y á los jefes superiores. No puedo describir la inmensa alegría de aquella gente que por más de tres años había tenido que soportar el yugo del imperio. Las calles estaban llenas de hombres; los balcones, de señoras: ellos aclamaban á gritos á los defensores de la patria; ellas admiraban á aquellos chinacos tan sufridos, cuyo semblante había tostado el sol de la campaña. Las bandas de la división se alternaban tocando el Pito Real, la Paloma, los Cangrejos y la Mamá Carlota, nuestros aires favoritos; y al formar en la plaza, las músicas todas entonaron el himno nacional, como una plegaria de inefable reconocimiento al Dios de las victorias.

Al día siguiente, á las tres de la tarde, los repiques y la salva de artillería anunciaron á la ciudad de Morelia que llegaba á su seno el Gobernador de Michoacán, C. Justo Mendoza, quien fué recibido en medio de una animada y espontánea ovación.

Este funcionario regresaba de Coalcomán, en donde, como he dicho, dejó restablecidas las autoridades legítimas, conservando así la integridad del territorio michoacano. Desde antes de aquella expedición había nombrado Secretario de Gobierno al intransigente y modesto patriota Leonides Gaona. En Uruapan supieron ambos la ocupación de Zamora y la salida de Méndez de Morelia.

En el mismo día 18 se publicó en la capital el siguiente decreto:

“El C. Coronel Justo Mendoza, Gobernador y Comandante militar del Estado de Michoacán de Ocampo, á todos sus habitantes, sabed, que:

“En uso de las amplias facultades de que me halló investido, y teniendo en consideración que han desaparecido las circunstancias que determinaron el decreto de 24 de Noviembre de 1863, que declaró capital del Estado la ciudad de Uruapan, he tenido á bien decretar lo siguiente:

“Número 1.—Artículo único.—La ciudad de Morelia vuelve á ser la residencia de los Poderes del Estado, y en ella se establecerán las oficinas superiores de hacienda á que se refiere el decreto antes mencionado.

“Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

“Palacio del Gobierno de Michoacán de Ocampo. Morelia, Febrero 18 de 1867.—Justo Mendoza.—Leonides Gaona, Secretario.”

Esta ley declaró legalmente terminada en Michoacán la guerra contra el imperio y la intervención francesa.

¿Quiere esto decir que el Estado dió por cumplido su deber hacia la patria con la ocupación de Morelia? De ninguna manera. Su patriotismo, su lealtad á las instituciones, su deber como miembro de la federación mexicana, lo condujeron otra vez más á los campos de batalla.

El día 20 entró en Morelia el general Corona; el Ejército del Centro, refundido en el de Occidente, quedó á las órdenes de aquel jefe superior.

El general Régules tomó el mando de la primera división, formada de sus antiguas tropas, que excedían ya de cinco mil hombres. Con ellas concurrió al sitio y toma de la ciudad de Querétaro. Su brigada de caballería, mandada por el coronel Eugenio Ronda, fué incorporada á la división que, á las órdenes del general Guadarrama, acompañó al Ejército de Oriente en la persecución que hizo á Márquez después de la toma de Puebla el 2 de Abril, desde San Lorenzo hasta Texcoco.

Por último, la brigada de infantería del coronel José Vicente Villada marchó á incorporarse á las tropas que sitiaban la ciudad de México, se batió allí con su acostumbrado valor, y el 21 de Junio entró á la capital de la República, formando parte del ejército victorioso del general Porfirio Díaz.

FIN.